

El final del tiempo

Valentina Vega



EL FINAL  
DEL

TIEMPO

VALENTINA VEGA

# Capítulo 1

## ***El final del tiempo***

El tintineo era insoportable.

Existen ruidos que amenazan con despedazar la cordura que uno protege con ansias. El tic tac de un reloj, por ejemplo, irreverentemente se hace oír sobre cualquier otro sonido para recordarnos que cada momento que pasa es uno más cerca de la tumba. Quizás es por eso que la mano recelosa del hombre se apresuró a estrangularlo enmudeciéndolo para siempre. "Relojes digitales" llamaron al crimen. El llanto de un bebé es otra de aquellas letanías que muestran cómo algo hermoso puede transformarse y volverse en nuestra contra, robando el aliento y la lógica, para entrar en una desesperación insondable.

El silencio también cuenta entre los generadores de locura, quizás como el más poderoso de todos. En el silencio no hay momento ni lugar, y los humanos, seres mortales, ceden ante la presión del tiempo que los aqueja. Saben que existe un final, pero de la misma manera en que verlo acercarse los inquieta, no verlo los perturba. El más puro silencio resuena tan fuertemente contra las paredes que es posible sentirlo oprimiendo los tímpanos, como irrumpiendo en la mente. Una presencia extraña de la cual hasta los mejores hombres han caído, vencidos, a sus pies.

En fin, el tintineo de las gotas que se precipitaban contra el charco en el suelo era insoportable.

A un lado de la calle, las luces moribundas de los faroles vestían el tiempo como una ilusión irreal, salpicando los adoquines con tenues ráfagas de brillo amarillento. Las llamas que bailaban en su interior luchaban contra un severo viento nocturno ensimismado con colarse dentro y sofocarlas. Al otro lado, el zumbido de una lámpara eléctrica retumbaba contra los ya añejados adoquines y se perdía detrás del sonido de la próxima. Las paredes que de un lado vibraban con colores imponentes, aún con el velo nocturno, no eran más que una cáscara caída y roñosa del otro.

La sombra pensó que debía agradecer la ausencia del silencio, aunque suponía que debía de estar muy ocupado empañando las habitaciones del palacio real. Días después de la decapitación del rey los ciudadanos estaban dando tregua a los saqueos, permitiendo a la quietud volver a reinar sobre los renovados cuartos. Sombra solo podía imaginar la fascinación de las armonías del silencio con los nuevos recovecos que podrían alcanzar. Los desolados pasillos, las recamaras mudas. La huida

de la tensión y el miedo y la llegada de los fantasmas en vilo.

Silencio amaba volver a los lugares donde podría volverse sí mismo, extenderse y ocuparlo todo hasta que su mera existencia se resumiera a no existir. Hasta que no hubiera diferencia entre ser y estar, entre él y el mundo.

Para Sombra era simplemente un gusto banal. Sospechaba que no era el atractivo de la no existencia, sino más bien la búsqueda de una omnipresencia completa e inalcanzable. Después de todo, el silencio se deleitaba al quebrar la cordura de las almas mortales, como si en su derrota reafirmara su poder. ¿Cómo alguien que no quiere existir disfrutaría de la ratificación de su propia vida?

Con un amortiguado pitido que atravesó la ventana a su derecha, bajo la lámpara eléctrica, el aire acondicionado cedió ante la presión de la noche y pereció llevándose consigo el tintineo de las gotas que finalmente dejarían de caer. Sin ojos curiosos que la detuvieran, la sombra podría retomar su camino y transitar libremente por el tiempo, antes de que llegase el silencio.

Sombra verdaderamente no quería cruzarse con el silencio aún. Nunca se habían llevado bien, en realidad. He aquí un secreto: ambos se detestaban. No sorprende entonces observar que en las penumbras raramente inunda la quietud, sino más bien los sonidos se magnifican, haciendo que hasta el más pequeño disturbio resuene con un imponente fervor. Los territorios que Sombra reclamase eran tierra prohibida para el silencio. Por su parte, Silencio no quería acercarse a la oscuridad porque la temía. ¿Qué es el silencio entre las sombras? Nada. No hay espacio en el que expandirse. No hay regocijo en su existencia ni reafirmación de su poder. Mezclado en el abismo, el mutismo carece de sentido.

Era agotador cruzar tantos portales, tantas puertas y cerrojos, pero Sombra tenía un trabajo que cumplir. La noche era eterna pero el tiempo no, lo cual facilitaba ir y venir entre sus posesiones con un ojo vigilante y otro contemplativo. Sombra protegía y embellecía. Allí, entre los tupidos árboles que danzaban con la brisa nocturna, se la podía ver custodiando la huida de pequeños seres que buscaban su amparo. En las casas de los mortales, en sus cuevas y palacios, sus edificios y departamentos, se posaba en el ambiente como una fiel escolta bajo el tácito acuerdo por el que los humanos encontraban el sueño entre sus brazos a cambio de historias de amor y secretos. Historias de violencia y pasión. El tiempo no era eterno, y siempre corría, pero Sombra tenía la libertad de moverse entre sus posesiones sin importar el dónde ni cuando.

Por eso es que también se consideraba una artista. Sabía que era su pintura de trazos oscurecidos la que permitía que la luz de los carteles

de neón refulgiera de la manera en que lo hacía, que la piel de los mortales se erizara al hundirse en sus profundas fauces y sus ojos brillasen con terror inalterado. Eran sus penumbras las que fijaban el telón para las danzas de los fuegos artificiales, y sus siluetas las que seducían resbalándose por las curvas de los cuerpos exhibidos.

Quizás esa era la razón por la que este trabajo era tan difícil de cumplir.

Al llegar a destino, el paisaje que recibió a Sombra, aunque diferente, no era extraño. Idos estaban los adoquines que habían vestido la calle. Las paredes reducidas a escombros de destartada pintura y ni una sola lámpara eléctrica en pie. Sin muros que los sostuvieran, los aires acondicionados habían desaparecido hacía rato, dejando simplemente la ausencia de su zumbido. Ya no había sonido de gotas ni charco en el suelo.

Sin embargo, aún no había silencio.

El cielo estaba teñido de un tono grisáceo, sin nubes que lo opacasen, y el aire tenso parecía vibrar con anticipación. La tierra reseca que se extendía hacia el horizonte se agitaba tenuemente al mismo son que el viento, formando pequeños remolinos de polvo en los recovecos de los cascotes olvidados. Los chillidos en la lejanía delataban los sentimientos que se compartían en el entorno: pánico, desesperación, resignación. El final.

Sombra ya lo sabía; el tiempo no era eterno, lo que significaba que algún día se detendría, y su "siempre" tendría un comienzo y un final. Y, aunque pudiera ir y venir entre sus posesiones cuando quisiera, sabía que en algún momento tendría que aparecer allí y reclamar el espacio que la ausencia del tiempo dejaría.

El silencio también lo sabía. Por eso había vuelto una última vez a sus dominios más cálidos, sus territorios más cómodos, mientras el tiempo aún regía como garante de su preciada existencia. Lo que no sabía es qué sucedería luego.

Desde su escondite bajo los escombros, Sombra tuvo un lugar privilegiado para observar cómo el cielo fue destiñéndose lentamente, como si se desangrase con cada minuto y perdiera el color rosáceo de sus mejillas dando paso a una blancura mortecina. El sol ya no se veía en el alto firmamento, como si hubiera sido desterrado, o bien se encontrase demasiado apenado como para presenciar la muerte de quien había invertido tanto tiempo en proteger y resguardar. El suelo cesó su movimiento y el aire se congeló con pavor. Cuando los chillidos convertidos en sollozos se detuvieron, la sombra supo que el silencio

había llegado.

Luego, la luz.

Fue tan poderosa y violenta que Sombra temió por primera vez la completa destrucción. Un brillo mordaz que devoró todo lo que encontró a su paso. De repente, no solo los animales gritaban, la tierra y la luz aullaban al mismo tiempo, ardiendo juntas con la ferocidad del último aliento de vida. La visión era preciosa y, aunque Sombra se sentía desfallecer, agradeció ser capaz de presenciar la póstuma danza de dos gigantes que se aferraban a la existencia.

Sin tiempo, no hay arte. Sombra también sabía esto. Y por eso este trabajo era tan difícil.

Sin luces que decorar. Sin público que admirase sus obras. Sin un lienzo sobre el cual poder dejarse ser y extender sus brazos. Sin historias en las penumbras ni seres que proteger. Sombra podría volver al siempre del tiempo y vagar por sus territorios cuando quisiese, mas era consciente que los cuentos serían los mismos y la repetición terminaría por aburrirla. Sin nuevos lienzos tendría que conformarse con repintar aquellos que más la enorgullecían.

La luz permanecería allí por un buen rato, batallando por derrotar y consumir, antes de perecer victoriosa. Y entonces se cruzarían finalmente el silencio y las sombras. Cuando este mundo ya no existiese, cuando ya no hubiera un resplandor que separase sus territorios ni sonido alguno que espantase la quietud, quizás entonces aprenderían a convivir en armonía.

Quizás el silencio le contaría historias a la sombra, y la sombra protegería al silencio.